

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

# COLECCIÓN LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS



**CARTAS A UN BUSCADOR  
DE SÍ MISMO  
HENRY DAVID THOREAU**

Traducción de Antonio García Maldonado



errata naturae

# Índice

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2012  
TÍTULO ORIGINAL: *Letters to a Spiritual Seeker*

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.



© de la traducción, Antonio García Maldonado, 2012

© Errata naturae editores, 2012

C/ Río Uruguay 7, bajo C  
28018 Madrid

[info@erratanaturae.com](mailto:info@erratanaturae.com)

[www.erratanaturae.com](http://www.erratanaturae.com)

ISBN: 978-84-15217-36-7

DEPÓSITO LEGAL: M-29572-2012

CÓDIGOS BIC: HP; BJ

DISEÑO DE PORTADA E ILUSTRACIONES: David Sánchez

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

<i>Nota de los editores</i>	7
Cartas	11

A Thoreau me gusta imaginarlo en el centro exacto de la laguna de Walden, sentado en su bote, horas después de la medianoche, invisible como el resto de criaturas, escuchando el tenue batir del agua contra la madera del casco, *clac, clac, clac*, pero atento al chirrido de un ave a la que no es capaz de dar nombre.

O bien siendo el primer hombre que defendió públicamente al capitán John Brown, criminal, forajido y gozne de la Historia, sin el cual quizás nunca se habría abolido la esclavitud en los Estados Unidos.

O bien en su lecho de muerte, cuando una visita le pregunta por su relación con Cristo y Thoreau le responde que le importa mucho más cualquier tormenta de nieve que el Hijo de Dios.

Sin embargo, a Emerson, al maestro, al gran filósofo, al gurú y al padre de toda una generación de pensadores, escritores y poetas, me produce cierta pereza imaginarlo. Y es que aun cuando no podría haber Thoreau sin Emerson ni *Walden* sin *Nature*, ¿quién quiere imaginar a Emerson? Emerson afeitado y repeinado, Thoreau barbudo y luciendo remolino; Emerson blanco como una servilleta de hilo, Thoreau pardo como un labriego; Emerson elegante a cualquier hora, Thoreau orgulloso de ser el primer hombre de Concord que vistió gruesos pantalones de pana; Emerson madrugando y aseándose en un aguamanil de porcelana, Thoreau madrugando y bañándose desnudo entre las

placas de hielo de la laguna; Emerson durante tanto tiempo pastor de la Iglesia unitaria, Thoreau alejado siempre de todos los templos; Emerson postulando en sus escritos la autonomía individual y el propio juicio por encima de cualquier autoridad, Thoreau durmiendo en la cárcel por negarse a servir a un Estado cruel y asesino; Emerson recorriendo Europa para forjar su carrera como filósofo, Thoreau recorriendo los bosques para ser feliz; Emerson censurando un ensayo de Thoreau: donde ponía «copulación» la historia leyó «matrimonio», Thoreau ya muerto, dejando dos últimas palabras: indio, alce.

No me cuesta trabajo imaginar cómo y por qué Harrison G. O. Blake, el buscador de sí mismo que encontramos en este libro, abandonó la maestría de Emerson e inició una correspondencia espiritual y filosófica con Thoreau que duró más de trece años. Como bien recordó Emerson, su propia relación con Blake duraba ya una década, se escribían con frecuencia, se encontraban, debatían, pero desde el día en que él mismo le presentó a Thoreau, «Blake no tuvo ya ningún interés en volver a pisar mi casa»<sup>1</sup>. No lo olvidemos: el sentido pleno y original de la filosofía no se limita al ejercicio del pensamiento, sino de la voluntad y del ser al completo. La filosofía es un método de progreso espiritual que aspira a provocar una transformación radical del sujeto. No se trata tanto de conocer esto o aquello como de cambiarse a uno mismo, ser mejor, ser más feliz. Al considerar así la filosofía, Blake encontró en Thoreau al maestro que jamás habría tenido en Emerson.

Harrison Blake era un año mayor que Thoreau. Ambos estudiaron en Harvard, sin tener ningún contacto. Blake se licenció en Teología y comenzó una breve carrera sacerdotal que se agotó pronto: uno no puede pasarse sus días discutiendo dogmas. Entonces buscó un trabajo como profesor en una localidad cercana

a Boston y tomó la costumbre de visitar Concord siempre que le era posible. Su único interés allí, por supuesto, era Emerson. Ambos hombres habían sido sacerdotes, ambos habían colgado los hábitos y ambos creían que ser hombres era mucho más importante y más valioso que ser sacerdotes. Hablaban de teología, de política, de literatura y los encuentros resultaban muy agradables para ambos. Una de aquellas tardes, hacia finales de 1844 o comienzos de 1845, Blake se encontró con Thoreau en casa de Emerson. Al parecer en aquella ocasión se habló de astronomía. Aunque Thoreau era un buen conocedor de esta materia, no habló demasiado, como era su costumbre. Cuando le preguntaron más directamente, contestó con sinceridad: «Estoy mucho más interesado en los estudios que tienen que ver con este planeta»<sup>2</sup>. Al final de la tarde Thoreau se animó a confesar que estaba pensando en construirse una cabaña en los bosques cercanos a Concord, donde poder vivir algunos años y alejarse de la sociedad. Blake le preguntó si no creía que echaría de menos la compañía de sus amigos. Y Thoreau contestó: «No, yo no soy nada». Blake recordará más tarde que esta respuesta le pareció «memorable, preñada de recursos, capaz de expresar un equilibrio y una fe en el universo casi inconcebibles».

En los años siguientes, Blake volvió a encontrarse con Thoreau en distintas ocasiones y finalmente se encontró con uno de sus textos: un artículo sobre el poeta latino y estoico Aulo Persio Flaco publicado en un viejo número de la revista *The Dial* cuando Thoreau sumaba veintidós años. Este escrito reavivó la «impresión obsesiva» que Blake tuvo del genio de Thoreau aquella tarde en casa de Emerson. Fue entonces cuando se decidió a escribirle y así nació la correspondencia que el lector tiene en sus manos.

Tres décadas más tarde, muerto primero Thoreau y después su hermana Sophia, Harrison Blake heredó todos los volúmenes

<sup>1</sup> Walter Harding, *The Days of Henry Thoreau*, Nueva York, Dover Publications, 1967, p. 231.

<sup>2</sup> Henry Stephens Salt, *The Life of Henry David Thoreau*, Londres, Bentley, 1890, p. 144.

del ingente diario de Thoreau (del que se ocupó de preparar y publicar una selección) y su propia correspondencia con él. Si bien se han conservado las cartas escritas por Thoreau a Blake, nada se sabe de aquellas que este último le escribiera al primero. Tan sólo se conoce la primera de ellas: es la que abre este volumen. Sí sabemos, sin embargo, que el anciano Blake volvió una y otra vez a aquellas cartas, como si aún estuviera buscando lo que vislumbró por un instante aquella tarde en casa de Emerson, un camino enfangado que parecía llevar a ese lugar tan recóndito, tan bello y tan calmo en el que Thoreau vivía sin mayores dificultades: «Leo y releo sus cartas, no me canso de hacerlo. Busco nuevos significados y encuentro cosas que ahora me llegan con más fuerza que nunca. Y, sin embargo, sé que estas cartas siguen viajando en el correo, que en cierto sentido aún no me han llegado, y probablemente no lo harán mientras viva. De hecho, puede decirse que estas cartas están desde siempre dirigidas a quien mejor pueda leerlas»<sup>3</sup>.

CARTAS A UN BUSCADOR DE SÍ MISMO

<sup>3</sup> Henry Stephens Salt, *op. cit.*, p. 146.

Worcester, Massachusetts, marzo de 1848  
[De Harrison G. O. Blake a Henry David Thoreau]

Su artículo<sup>1</sup> ha reavivado en mí la impresión inolvidable que tengo de usted, que me llevé conmigo gracias a unas palabras que dijo.

La última vez que fui a Concord, habló de retirarse más aún de nuestra civilización. Le pregunté entonces si no sentiría deseo alguno de la compañía de sus amigos. Su respuesta fue: «No, yo no soy nada».

Esa respuesta fue, para mí, memorable. Indicaba una profundidad de recursos, una entereza en la renuncia, un equilibrio y una fe en el universo que casi no alcanzo a concebir; algo que, sin embargo, en usted parecía domesticado, y hacia lo cual yo alzo mi mirada con admiración. Me gustaría conocer el alma que dice: «Yo no soy nada». Verme elevado por sus palabras hacia una vida más verdadera y más pura.

<sup>1</sup> Se trata de «Aulus Persius Flaccus», escrito por Thoreau en 1839 y publicado en el primer número de *The Dial* (julio de 1840, pp. 117-121), el órgano de los trascendentalistas norteamericanos. Aulo Persio Flaco, estoico y poeta satírico latino de Volterra, dejó seis *Sátiras* en hexámetros (sobre los vacuos literatos, la hipocresía religiosa, la presunción de los poderosos, la libertad de quien conoce la doctrina estoica, y el recto uso de las riquezas). La preferida de Thoreau era la quinta. (Todas las notas son de los editores).

En mí parece revestirse de un nuevo significado la idea de que Dios, simplemente, está aquí; de que no debemos hacer sino inclinarnos ante Él con profunda sumisión en cada momento, y de que Él llenará nuestra alma con su presencia. En este abrirse del alma a Dios, todos los deberes parecen encontrar su centro; ¿qué más habríamos de hacer?

Si comprendo correctamente, el significado de su vida es el siguiente: querría separarse de la sociedad, del sortilegio de las instituciones, de los usos, de los conformismos, de tal modo que pueda llevar una vida simple y nueva. Antes que infundir una nueva vida a las viejas maneras, tendrá una vida nueva por fuera y por dentro. Hay algo de sublime para mí en esta actitud, de la cual yo mismo estoy muy lejos.

Hábleme en esta hora, ya que es solicitado...

Lo venero porque se abstiene de la acción, y abre su alma con el objetivo de poder *ser*. En mitad de un mundo de actores bulliciosos y superficiales, es noble hacerse a un lado y decir: «Simplemente quiero *ser*». Si pudiese plantarme enseguida sobre la verdad, reduciendo al mínimo mis necesidades, me vería inmediatamente más cerca de la naturaleza, más cerca de mis compañeros... y la vida sería infinitamente más rica. Pero ¡heme aquí!, temblando en la orilla...

Concord, 27 de marzo de 1848

Es un placer saber que algunas de mis palabras, pese a que el momento en que las pronuncié queda tan lejano que me es difícil reconocerlas como propias, le han merecido estima. Me halaga, pues tengo entonces razones para suponer que he llegado a aquello que realmente concierne al hombre, y para creer que cuando un hombre se dirige a otro no lo hace en un ejercicio fútil. Ése es el valor de la literatura. Aunque esos días quedan tan atrás, en todo sentido, que tengo que volver a consultar mis páginas para recordar cuál fue entonces el tono de mis reflexiones. Sin embargo, sólo por haberme procurado su carta, valoro en mayor medida aquel artículo.

Creo firmemente en la correspondencia entre la vida exterior y la vida interior; así como tengo la certeza de que aunque algunos hombres consigan vivir una vida virtuosa, el resto seguirá sin advertirlo. La diferencia y la distancia son una misma cosa. Vivir una vida auténtica es como viajar a un país lejano y encontrarnos progresivamente rodeados por nuevos escenarios y hombres; y cuando me hallo rodeado por los más ancianos, me doy cuenta de que de ninguna forma estoy viviendo una vida nueva o mejor. El exterior es sólo la representación de lo que hay dentro. Los hábitos no esconden al hombre, sino que



lo muestran; ellos son sus auténticos ropajes. No me incumben las curiosas razones que puedan aducir para atenerse a ellos. Las circunstancias no son rígidas e inflexibles; sí lo son, sin embargo, nuestros hábitos.

A veces tenemos la tendencia a hablar con ligereza, como si una vida divina fuera a injertarse o a aparecer en nuestro presente como una oportuna fundación. Esto podría tener sentido si pudiéramos reconstruir nuestra antigua vida, excluyendo de ella todo el calor de nuestros afectos, dejándolos marchitar, como el mirlo construye su morada sobre el nido del cuclillo, y allí incuba sus huevos, que son los únicos que eclosionan. Pero lo cierto es que nosotros —y aquí se halla la línea de demarcación— incubamos ambos huevos. Y ya que el cuclillo lo aventaja en un día, su cría, al nacer, expulsa a las crías del mirlo. No hay otra solución: destruir el huevo del cuclillo o construir un nido nuevo.

El cambio es el cambio. Ninguna vida nueva ocupa viejos cuerpos decadentes. La *vida* nace, crece y florece. Los hombres intentan revivir patéticamente lo viejo, y por eso lo aceptan y soportan. ¿Por qué aguantar en el hospicio pudiendo ir al cielo? Es como embalsamarse, nada más. Dejad de lado vuestros ungüentos y sudarios, y entrad en el cuerpo de un recién nacido. Podéis ver en las catacumbas de Egipto el resultado de aquel experimento. Conocemos su final.

Creo firmemente en la simplicidad. Es asombroso y triste ver cómo incluso los hombres más sabios pasan sus días ocupados en asuntos triviales que creen que han de atender, en detrimento de otros asuntos más importantes que creen su deber omitir. Cuando un matemático desea hallar la solución de un problema difícil, empieza por deshacerse de todas las dificultades de la ecuación, reduciéndola a sus términos más sencillos. Hagamos lo propio y simplifiquemos el problema de la existencia, y diferenciamos entre lo necesario y lo real. Sondeemos la tierra para

ver hacia dónde se extienden nuestras principales raíces. Me basaré siempre en los hechos. ¿Por qué negarse a ver? ¿Por qué no utilizar nuestros propios ojos? ¿O es que los hombres lo ignoran todo? Conozco a muchos a los que es difícil engañar cuando se trata de asuntos comunes, muy desconfiados de los cantos de sirena, que disponen responsablemente de su dinero y saben cómo gastarlo, que disfrutaban fama de prudentes y cautelosos, y que, no obstante, aceptan vivir gran parte de su existencia tras un mostrador, como cajeros de un banco, y brillan y se oxidan y finalmente desaparecen. Si *saben* algo, ¿por qué diablos lo hacen? ¿Saben qué es el *pan*? ¿Y para qué sirve? ¿Saben qué es la vida? Si *supieran* algo, cuán rápido dejarían de frecuentar para siempre los lugares donde ahora se los conoce tan bien.

Esta vida, nuestra respetable vida diaria, sobre la cual se halla tan bien plantado el hombre de buen sentido, el inglés de mundo<sup>1</sup>, y sobre la que descansan nuestras instituciones, es en realidad la más pura ilusión, que se desvanecerá como el edificio sin cimientos de una visión<sup>2</sup>. Sin embargo, un minúsculo resplandor de realidad que a veces ilumina la oscuridad de los días de todos los hombres nos revela algo más consistente y perdurable que el diamante, la piedra angular del mundo.

El hombre es incapaz de concebir un estado de cosas tan bello que resulte irrealizable. ¿Puede alguien revisar honestamente su propia experiencia y afirmar que no es así? ¿Existen hechos a los que apelar cuando decimos que nuestros sueños son prematuros? ¿Habéis tenido noticia de algún hombre que haya luchado durante toda su vida por algo, y que de algún modo no lo lograra? Un hombre que aspira a algo sin descanso, ¿no se siente ya elevado? ¿Quién que haya intentado el acto más simple de

<sup>1</sup> En la época de Thoreau, los ingleses gozaban de una excelente reputación en cuanto hombres prácticos y con mucho «sentido común», sobre todo porque las «maravillas» de la Revolución industrial se concentraban fundamentalmente en Inglaterra.

<sup>2</sup> Cfr. William Shakespeare, *La tempestad*, acto 4, escena 1, versos 148-151, 154-155.

heroísmo, de magnanimidad, o buscado la verdad y la sinceridad, no halló algo que mereciese la pena? ¿Quién podría decir que ésta es una empresa vana? Es innegable que no debemos esperar que nuestro paraíso sea un jardín. No sabéis lo que pedís<sup>3</sup>. Veamos la literatura. ¡Cuántos buenos pensamientos ha concebido cada ser humano! ¡Y qué pocos pensamientos buenos se expresan! Y, sin embargo, no poseemos una sola fantasía, por más sutil o etérea que haya sido, que el *simple talento*, acompañado de resolución y constancia, tras mil fracasos, no pueda fijar y grabar con palabras distintas y duraderas, de tal forma que entendamos que nuestros sueños son los hechos más confiables que conocemos. Pero no estoy hablando de sueños ahora.

Lo que puede expresarse con palabras puede expresarse con nuestra vida.

Mi vida real es un hecho sobre el que no tengo razones para congratularme conmigo mismo, pero tengo respeto por mi fe y mis aspiraciones. De ellas le hablo ahora. La posición de cada uno es demasiado simple para ser descrita. No he prestado ningún juramento. No tengo un esquema para entender la sociedad, la Naturaleza o Dios. Soy, simplemente, lo que soy, o comienzo a serlo. *Vivo en el presente*. El pasado es sólo un recuerdo para mí, y el futuro una anticipación. Amo la vida, amo el cambio más que sus modalidades. En la historia no está escrito cómo el malo se hizo mejor. Creo en algo, y no hay más. Sé que soy. Sé que existe otro, más sabio que yo, que se interesa por mí, de quien soy su criatura y, de alguna manera, su igual. Sé que el reto merece la pena, que las cosas van bien. No he recibido ninguna mala noticia.

Respecto a las posiciones, a las combinaciones y a los detalles, ¿qué son en realidad? Cuando hace buen tiempo y alzamos la mirada, ¿qué vemos sino el cielo y el sol?

<sup>3</sup> Mateo 20, 22: «Jesús le respondió: “No sabéis lo que pedís. ¿Acaso podéis beber del mismo vaso del que yo he de beber?”. Y ellos le dijeron: “Sí, podemos”».

Si busca persuadir a alguien de que hace mal, actúe bien. Que no le importe si no lo convence. Los hombres creen en lo que ven. Consigamos que vean<sup>4</sup>.

Siga con su vida, persista en ella, gire a su alrededor, como hace un perro alrededor del coche de su amo. Haga lo que ame. Conozca bien de qué está hecho, roa sus propios huesos, entíerelos y desentiérrelos para roerlos de nuevo. No sea demasiado moral. Sería como hacer trampas con uno mismo. Sitúese por encima de los principios morales. No sea *simplemente* bueno, sea bueno por algo. Todas las fábulas tienen su moraleja, pero a los inocentes lo que les gusta es escuchar la historia.

No permita que nada se interponga entre usted y la luz. Respete a los hombres sólo como hermanos. Cuando emprenda viaje a la Ciudad Celestial<sup>5</sup>, no porte carta de recomendación alguna. Cuando llame, pida ver a Dios, y nunca a los sirvientes. En aquello que más le importe, no piense que dispone de compañeros de viaje. Dese cuenta de que está solo en el mundo.

Escribo a salto de mata y sin plan previo. Necesito verle, y confío en hacerlo, y así corregir mis errores. Quizá tenga usted algún oráculo para mí.

Henry Thoreau

<sup>4</sup> 2 Reyes 6, 17: «Acto seguido, Eliseo oró con estas palabras: “Señor, te ruego que abras los ojos de mi siervo, para que vea”».

<sup>5</sup> La Ciudad Celestial es donde Cristiano, huido de la Ciudad de la Destrucción, se dirige en busca de su salvación, según lo narra John Bunyan en *The Pilgrim's Progress (El progreso del peregrino)*, el libro en lengua inglesa más leído a lo largo de la historia tras la Biblia. Thoreau aludirá a él en diversas ocasiones en esta correspondencia, certificando su extraordinaria popularidad.